

# El limbo huele a pólvora

por David Arrabal Carrión

(Relato promocional que forma parte  
de la antología “Las virtudes de la pérdida”  
disponible en papel y digital en Amazon)

## EL LIMBO HUELE A PÓLVORA

Relato promocional perteneciente a la obra “Las virtudes de la pérdida”, 2019.

© David Arrabal Carrión  
[www.davidarrabalcarrion.com](http://www.davidarrabalcarrion.com)

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

## EL LIMBO HUELE A PÓLVORA

Se despertó de golpe, como si una enorme roca hubiese caído sobre la mohosa barra de bar donde se había quedado dormido. Con la vista aún borrosa, miró a su alrededor; seguía en aquel ruinoso hotel que tanto conocía, y al que muy pocos imprudentes se atrevían a entrar. Junto a él, vacía, una botella de whiskey barato se había cansado de sus babosos besos. El revólver estaba al lado, esperando que lo alimentara con las tres balas que él había dispuesto en fila india junto al arma. De un manotazo tiró el recipiente de cristal al suelo.

—Tienes un alma tan hecha mierda como este edificio —dijo una voz de mujer.

Como siempre, le era imposible saber de dónde procedía. A veces de la derecha, otras de la izquierda, normalmente por la espalda, y algunas otras del techo. Al principio le inquietaba aquello, pero con el paso de los años se la traía muy floja la voz, la presencia, las palabras y la madre que parió a todos los muertos que le atosigaban. Estaban ahí por su culpa, claro, sin duda, pero él no era la puta Caroline para guiarlos hacia la luz. Era un buen católico, y si aquellas almas seguían vagando por allí era porque se lo merecían; como merecieron sus cuerpos la muerte.

Marcelo se desperezó. El aliento le ardía, y el sabor a alcohol impregnaba sus encías. Metió la mano en el bolsillo lateral del pantalón y sacó un paquete arrugado de Chesterfield. Enderezó un cigarro y lo prendió con ayuda de un viejo Zippo, compañero de muchas noches de cacerías. A través del humor que expulsaba de sus pulmones

miró la llama del mechero. El baile que describía era arrítmico y frenético. Sin duda todos estaban allí aquella noche tan especial. No es que le gustase tener público, pero si en tantos años no se había podido librar de ellos, esta vez aún menos. Se lo decían en incansables susurros: Queremos que vengas con nosotros. Pero a diferencia de todas aquellas putas, chulos, chaperos y proxenetas, él había cumplido con su misión en la tierra, y el cáncer que le estaba comiendo por dentro era la señal de que el Señor le reclamaba al fin. Así que había preparado una fiesta de despedida sin reparar en gastos, en su lugar favorito: el viejo Hotel Maravillas. Aquel edificio de tres plantas y un centenar de metros de fachada fue el primer prostíbulo clandestino que “cerró”. Apartado como estaba de la civilización, entrar con un par de uzis y freír a todo el que se movía o jadeaba fue un paseo. Le acababan de expulsar de su amada Legión, gracias a un capitán hijo de la gran puta que lo pilló violando a una mora de mierda en Afganistán. Haberlo metido en prisión hubiese sido una opción, pero como podía esparcir mierda a muchas alturas, una jubilación prematura con honores y una buena paga le cerró la boca. Pensó en aquel momento que su futuro también quedaría bajo llave, pero cuando el Señor le habló en sueños para encomendarle su santa misión, supo que desde un principio todo estaba orquestado por el Altísimo. Su preparación como militar era necesaria para la vida civil, no para pasarse los años disparando a dianas y a cuatro moros. Al fin y al cabo, de esos pudo matar también en las calles y en los puticlubs, así cómo sudacas, republicanos puteros e independentistas con corbata. El odio hacia quienes pretendían hundir su patria y su fe había sido saciado con plomo, acero y fuego durante cinco años. Como era una puta máquina de matar, nunca había sido pillado. Tenía a los cuerpos de seguridad del Estado en jaque y perdidos en pistas falsas.

Se puso en pie, pero un dolor agudo le hizo doblarse hacia adelante. Vomitó whiskey y sangre a partes iguales. El cigarro salió disparado de su boca, viéndose la brasa agonizar en un rincón lleno de

cascoes polvorientos.

—Tu aspecto es lamentable, soldadito —la voz de nuevo, aunque esta vez supo que la puta fantasma estaba justo ante él. Levantó la vista haciendo un gran esfuerzo, y allí la vio, medio calcinada, con dos tiros de bala en el pecho, uno por teta.

—Jódete —le dijo a ésta.

El cáncer de estómago se lo estaba comiendo, pero sabía que sólo tenía que aguantar una hora más. El final glorioso iba a llegar, el que había planeado... el que iba a pagar.

Se puso la cazadora de piel marrón y comprobó que en el bolsillo interior llevaba un buen fajo de billetes de cincuenta, sin marcar y con números de serie no correlativos. La mitad de lo convenido. Las exigencias de los sicarios eran demasiado peliculeras para su gusto, pero ya le importaba todo una mierda. Veinte mil euros era el precio que habían puesto al descanso eterno de su alma.

En otro bolsillo llevaba una linterna táctica. La accionó, y el haz de luz iluminó la estancia como si alguien hubiese encendido las luces de la inexistente lámpara del techo. Le gustaba trabajar con el mejor material posible, aunque en aquella noche de resplandeciente luna llena no hacían falta luces artificiales para orientarse por el viejo edificio.

La fantasma seguía allí pese a no estar al amparo de la oscuridad. Ella no era el típico espíritu que se esfumaba con la llegada de la luz. Ella, como el resto, era adicta a sembrar pesadillas en Marcelo. Aunque el muy cabrón ya se reía de cada una de las escenas macabras con la que le hostigaban. Se presentaban ante él una serie de flashes donde la violencia, el sexo no consentido, la sangre caliente, la piel lacerada y los huesos rotos fuera de la carne le invitaban a un descenso por los nueve círculos del Infierno. Pero él no era el jodido Dante, ni aquella puta abrasada Beatriz. Marcelo mató a todo pecador sin arrepentimiento, sin dudar, sabiendo del bien que hacía a la sociedad. Una vez tuvo la tentación de ir a confesarse, de revelar su obra a algún pastor, pero supo desde siempre que aquellos folla-ni-

ños no eran más que mierdas que pisar para alcanzar el camino al Paraíso. Era por ello que en el umbral que comunicaba el bar con el pasillo que llevaba a las escaleras principales, un cura, con la tapa de los sesos olvidada en alguno de los infectos pubs que Marcelo arrasó, le miraba con las cuencas de los ojos vacías y la mandíbula desencajada. Oh, sí. A aquel le hizo comer el bordillo de la acera antes de apretar el gatillo.

La verdad es que eran muchos los entes que estaban a la expectativa aquella noche. La puta y el cura solo eran dos de los cientos que abrían sus brazos ante el paso de Marcelo que, fumando, con la pistola en una mano y la linterna en la otra, se encaminaba a la azotea.

Subió hasta arriba ignorando todo aquello que le decían los fantasmas. Él iría al Cielo, así que les podían dar mucho por culo.

El viento era frío. La cazadora de piel cumplía con su función a la perfección, pero las manos pronto se le agarrotaron. Apagó la linterna y la metió de nuevo en el bolsillo. Continuó fumando sin sacarse el cigarro de entre los labios. El metal de la pistola parecía de hielo, pero no iba a guardarla. Esperaría allí, de pie, al borde de la cornisa. Abajo, como una jauría de lobos, los fantasmas de todas sus víctimas aguardaban con los brazos en alto, como el sediento clamando por unas gotas de lluvia.

\* \* \*

El coche frenó, arrastrando con las ruedas la gravilla del descampado que una vez fue un aparcamiento para camiones, mucho antes de que el edificio del fondo se convirtiera en un puticlub disfrazado de hotel. El perímetro estaba colonizado por arbustos y malas hierbas.

Adriana se apeó tras parar el motor. Las luces hacía rato que las llevaba apagadas. Camuflada por sus ropas negras, estudió desde afuera el terreno que enmarcaba el ruinoso edificio gracias a la luz de la luna.

Había sido citada allí para finiquitar un trabajo contratado una semana atrás. Le extrañaba que el lugar, el día y la hora hubiesen sido señalados con tanta insistencia, así como el objetivo, y aunque en un principio se mostró reticente a aceptar, lo hizo. Era una buena cantidad de pasta la que se embolsaría. La mitad que no le había sido adelantada esperaba en manos de su objetivo. Investigó antes de aceptar el trabajo, pues aunque no había constancia de que pudiera tratarse de una trampa para sacársela de en medio, toda precaución siempre era poca.

Su instinto se activó cuando creyó escuchar un ruido más allá de su posición. Bien podría ser un animalejo, como alguien que deambulara por el edificio. Se levantó un extraño viento proveniente del viejo hotel, y su larga chaqueta se meció por lo que le pareció una serie de susurros incomprensibles. Recordó que cuanto era pequeña le entusiasmaba hablar con su padre de fantasmas y cementerios encantados, pero se había vuelto demasiado pragmática como para que aquellas supercherías se interpusieran entre ella y su objetivo.

Se atusó su corto y engominado cabello moreno, sacó la Glock ya cargada de su funda, y se encaminó hacia el edificio tras quitarle el seguro. Tenía la sensación que desde todas las ventanas la observaban, y no pudo evitar un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Pese a ello, ni su respiración ni su determinación al caminar se vieron afectadas. Tenía un trabajo que hacer, e iba a terminarlo con la diligencia habitual.

La puerta del edificio estaba hecha añicos. Las grandes astillas de madera eran como los colmillos de una tenebrosa boca que llevaba años masticando hierro sin parar. Empujó la hoja que menos deteriorada estaba y entró. Sus botas pisaron cascotes y polvo, y pese que la oscuridad le golpeó sin piedad, pronto sus ojos se adaptaron a la penumbra que realmente reinaba en la recepción. Todavía se podía intuir que aquello fue un hotel no mucho tiempo atrás, hasta que las llamas se lo comieron. Recordó que en los bajos fondos se propagó la leyenda de que un justiciero solitario pasó por allí masacrando

proxenetas, chulos y putas por igual. También le comentaron que había sido por una guerra entre mafias del Este había escogido España como tablero para sus juegos de guerra y luchas de poder.

Andrea dejó que aquellos rumores se esfumasen de su cabeza y tanteó la pequeña linterna que llevaba en un bolsillo. No tenía intención de usar mientras fuera posible. Pese al silencio del lugar y a la falta de señales de que allí se ocultase su objetivo, no iba a delatar su posición.

Dio los pasos necesarios para quedarse en mitad de la estancia. El silencio se mezclaba con el polvo flotante a la luz de la luna, que entraba por los innumerables ventanales sin cristal. Había un olor a rancio, a putrefacto, que le aconsejó caminar con cuidado, pues podría tropezar con el cuerpo de algún perro muerto o algo peor. Aquel lugar estaba demasiado apartado de la ciudad como para ser hogar de vagabundos o yonquis, pero las pintadas groseras y sexuales de las paredes dejaban claro que algún que otro adolescente se distraía por allí de vez en cuando. También dedujo por ciertas marcas y símbolos, que tarados del satanismo habrían elegidos aquellos suelos llenos de cascotes como deficientes escenarios para sus invocaciones demoníacas. Todo eso le aburría. La vida era pura física, algo de química, agilidad mental y balas, muchas balas.

Después de recorrer la planta baja sin hallar a quien debía matar, volvió a la recepción y encaró las escaleras que conducían a las zonas superiores; dos pisos en total.

Comenzó a subir, cuando el sonido de unos golpes, como de alguien que llamara a una puerta con los nudillos, resonaron al final de la escalera. Adriana levantó su arma, pero no apuntó a ninguna parte. Había aprendido a dominar el miedo, así como el instinto de apuntar a donde percibía el peligro. Subió con sigilo, aguzando los sentidos. Dos golpes más.

La iluminación en aquella zona era escasa, y tras patear los restos de una puerta no le quedó más remedio que encender la linterna. Al principio apaciguó el haz con la mano, pero cuando escuchó otro



golpe, esta vez ante ella, enfocó sin dilación. Se le aceleró la respiración cuando percibió una sombra cruzando el umbral de la puerta al final del pasillo.

Con paso firme pero cauteloso avanzó, cruzando los claroscuros que tintaban las paredes, donde se recortaba los rectángulos que proyectaba la luz de la luna que entraba por las ventanas de las habitaciones que daban a la fachada del edificio. Adriana no veía nada más que la ruina y el abandono que la rodeaba, pero a ella sí la veían las antiguas trabajadoras, proxenetas y clientes de aquel burdel disfrazado de hotel. Sus rostros desfigurados, sonrientes, celebraban su presencia y la de un arma que debía hacerles justicia.

Cuando llegó a la sala a donde había entrado la sombra, Adriana se encontró con un bar sobre cuya barra descansaba una botella de whiskey de supermercado vacía. También notó olor a tabaco. Tenía claro que no estaba allí sola, y que realmente no se encontraba en una trampa. Su cliente, fuera quien fuera, sabía que allí, a aquella hora, el objetivo a liquidar se encontraría deambulando por el edificio.

El ruido de pasos llamó su atención más allá de un segundo umbral, al otro lado del bar. No parecían pisadas que se alejasen; más bien eran las de alguien que no se movía del sitio.

Adriana, ya sin disimular la luz de su linterna, encañonado su vanguardia con la Glock, caminó decidida a terminar con aquel extraño trabajo. Poco a poco se iba apoderando de ella un mal presentimiento, una inquietud bañada de superstición y cuentos de viejas, de cementerios de pueblos perdidos en la sierra y campanarios desde donde se arrojaron mujeres que querían escapar de la hoguera.

Nuevos golpes contra el suelo, contra la piedra, y pasos ascendiendo por un segundo tramo de escaleras la iban conduciendo hacia la siguiente planta. Sentía que así era, que algo o alguien la guiaba, y por una extraña razón dejó de ser cauta e hizo caso a aquella incomprensible llamada.

Un nuevo pasillo, más estrecho que el resto, conducía desde las

escaleras que acababa de subir hasta la salida a una terraza. De nuevo el juego de claroscuros tintaba las paredes del pasillo y de las habitaciones, y de nuevo figuras de mujeres desnudas y calcinadas se apoyaban en los marcos de las puertas esperando que ella hiciera justicia.

\* \* \*

Marcelo estaba de pie sobre la cornisa derruida de la terraza. Miró hacia abajo, donde un suelo lleno de escombros le esperaba. Había decidido que aquel era un buen lugar desde el que subir al Cielo. Se había quitado la cazadora y sacado la cadenilla que llevaba al cuello por encima de la camiseta gris, dejando que la luz de la luna se reflejase en la cruz de plata que llevaba desde que entró en la Legión. Fumaba el último cigarro que le quedaba, por lo que deseaba que llegara su asesina pronto. Había visto el coche aparcado allá a lo lejos, y como siempre, la maldita zorra que le susurraba gilipolleces y amenazas le había advertido de que la justicia estaba cerca.

—Pero desengáñate, querido —le dijo en aquel mismo momento la voz—, todos te esperamos ahí abajo.

Marcelo escupió.

—Me tienes hasta los mismísimos cojones, puta —dijo, como si le hablara al viento—. Te metería otra bala en la cabeza, a ver si con esta te jodía el habla.

Una risa fantasmal le rodeó, pero él se mantuvo impasible. Lo único que en aquel momento no le importaba una mierda era la luz de linterna que comenzó a distinguirse en el umbral de la puerta que conducía al interior.

El momento había llegado. Dios estaba a un disparo de distancia.

Adriana asomó a la terraza amparada por el resplandor de su linterna. Afuera no la necesitaba, así que la apagó. Frente a ella encontró una silueta que le esperaba al otro lado del edificio, al borde mismo de la cornisa. La luz de la luna no le dejaba ver el rostro de aquel

tipo, pero sabía que era el mismo de la fotografía que su cliente le había hecho llegar. Aquellos poderosos hombros, el cuello ancho y firme, y la cabeza rapada lo delataban. Se acercó unos pasos más. Por la pistola que él empuñaba, supo que su presencia era esperada.

—El resto de la pasta está en esa cazadora —dijo Marcelo, señalando el bulto oscuro que había a sus pies.

La mujer vio que el tipo sonreía. Temía una trampa, y agudizó sus sentidos. Desde que entrara en aquel edificio no había podido quitarse de encima la sensación de estar siendo vigilada. Incluso en aquel momento percibía algo, una respiración quizá, tras ella, cerca. Pero no dijo nada, se quedó callada. Pensaba en el dinero. ¿Sería aquel hombre objetivo y cliente al mismo tiempo? Apartó todo pensamiento inútil de su mente y centró toda su atención en su arma y en la de su oponente.

Marcelo comprendió que la asesina que había contratado era demasiado seria y profesional como para entablar una conversación trascendental sobre la vida, los encargos divinos, el peso de la muerte y la promesa del Paraíso. Le hubiera gustado decir algo, una frase final con la que rubricar el final de su historia, como en las películas de Charles Bronson o Clint Eastwood que tanto le gustaban. Pero no llegó ni a escuchar la detonación del arma de Adriana, quien, dominada por una inusual ira, descargó dos disparos sobre él.

Pecho y cabeza fueron perforados, y el cuerpo inerte de Marcelo se giró con violencia sobre su cintura al precipitarse por la cornisa.

Abajo, donde antes pudo ver escombros y tierra, ahora cientos de muertos le esperaban con los brazos abiertos. Le llamaban, sonriendo. El puticlub del Limbo abría sus puertas para él.

La asesina se asomó por donde había caído su objetivo. Iluminó con la linterna el cuerpo del tipo. No se movía. Tenía los sesos fuera del cráneo, esparcidos sobre las ruinas. Si las balas no lo habían matado, el golpe sí.

Registró la cazadora de la víctima y encontró el dinero. No lo contó. Tenía ganas de abandonar aquel lugar, aunque la sensación

de estar siendo vigilada la había abandonado.

—A la mierda —dijo sin más, guardándose la pasta en el bolsillo interior de su chaqueta. La pistola la conservó en la mano.

\* \* \*

Marcelo vio cómo se iba la mujer que le había matado. Estaba buena, reconoció ahora que pudo verla perfectamente, sin que las tinieblas de la noche se interpusieran antes sus ojos. Los muertos veían realmente bien, concluyó. Junto a él, en la terraza, putas, chulos, proxenetas, pedófilos y algún niño que cayó bajo sus balas por error, le observaban complacidos.

—Mira el lado positivo —le dijo la puta que tanto le había hablado en vida—, ahora ya no tienes un cáncer comiéndote las entrañas.

Marcelo no le hizo ni caso pese a que ella le abrazó por la espalda en un acto de amor sarcástico. Le importaba un carajo el cáncer, el dinero, la asesina y la religión. Su dios era un cabronazo, un mentiroso, y el mayor hijo de la gran puta del universo. Iba a pasarse el resto de la eternidad con aquella tropa de malnacidos, con un agujero en el pecho, otro en la frente y la tapa de los sesos abierta por la coronilla. Y la crucecita de plata colgada del pescuezo, como si de una sogá se tratase, recordándole para siempre que no existe más palabra divina que la de la muerte, que el Paraíso era aquello, una recompensa putrefacta, carcelaria, una existencia tan vacía como su vida misma. Una mentira que olía a pólvora.

Consigue la obra completa en:

<https://www.amazon.es/dp/1691535761>